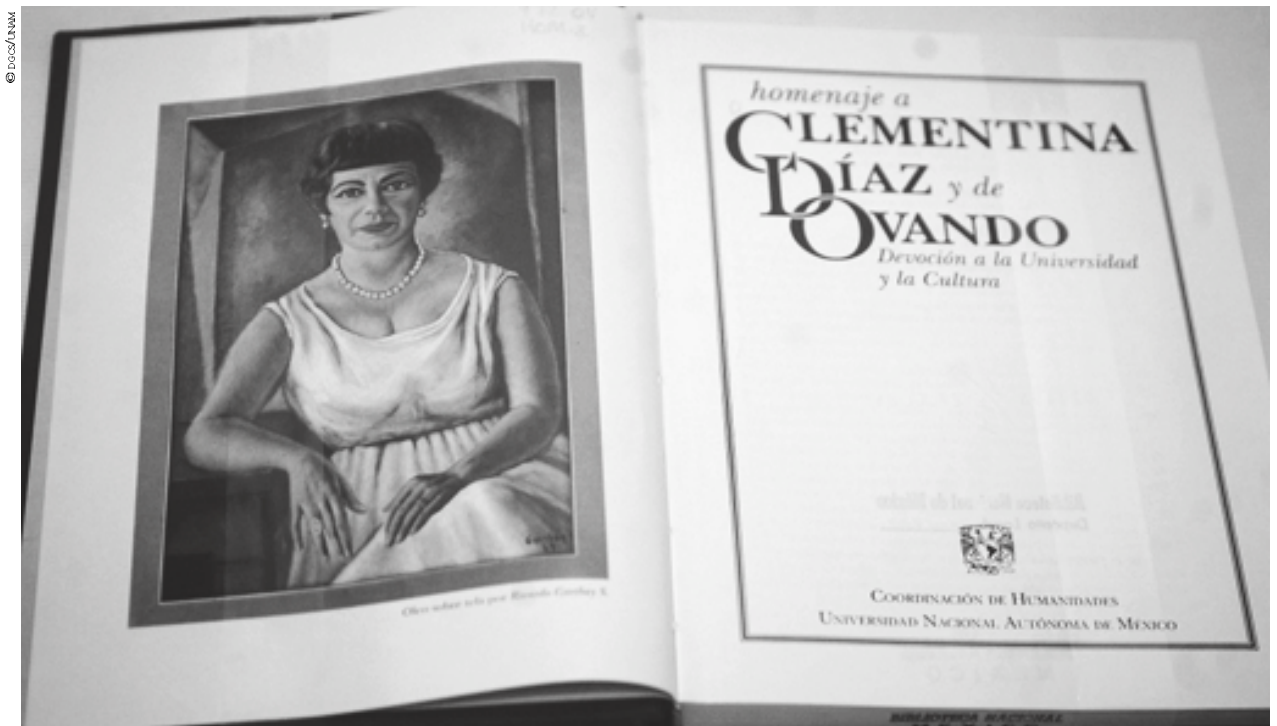


Los afanes y los días de Clementina Díaz y de Ovando

Vicente Quirarte



El año en que Clementina Díaz y de Ovando se incorporó a este tercer planeta, las tropas aliadas continuaban su avance en el Somme. En la larga batalla por Verdún, iniciada en febrero y concluida en diciembre, Alemania puso a prueba su poderío destructor; Francia, su indomable capacidad de resistencia. El martes 7 de noviembre de ese 1916 en que Clementina llega al mundo, Woodrow Wilson es reelegido presidente de los Estados Unidos aunque la mitad de los periódicos atribuían la victoria a Charles Evans Hughes pues, “como en 1892, el cómputo exacto no puede conocerse inmediatamente”. Un iluminado inglés que la posteridad conocería como Lawrence de Arabia, había dado inicio a la revuelta contra el imperio otomano, mientras Bertrand Russell era expulsado de Cambridge a causa de sus ideas pacifistas; se publicaba en los Estados Unidos por primera vez el *Retrato del artista adolescente* de James Joyce. Fue asesinado el monje Rasputín; Hugo Ball inauguraba en Zurich el *Cabaret Voltaire*, en protesta contra lo absurdo de la guerra y de la condición humana, con lo cual da inicio el dadaísmo y los movimientos artísticos de van-

guardia. Mientras la niña Clementina abría los ojos del otro lado del Río Bravo, Ramón López Velarde tiene un segundo nacimiento al ser deslumbrado por la mancha de púrpura de Margarita Quijano, mientras publica *La sangre devota* y mientras Azuela da a luz a *Los de abajo*. Un automóvil Overland costaba tres mil ciento cincuenta pesos en oro nacional. En el Salón Rojo se exhibían las películas *El diamante celeste*, *Herencia de odio*, *Ojo por ojo*, mientras el Teatro Mexicano ofrecía *La loca de la casa* de Benito Pérez Galdós y El Principal las tandas tituladas *Con las manos en la bolsa*, *La Macarena*, *Música, luz y alegría*. Álvaro Obregón, secretario de Guerra y Marina, otorgó una pensión de sesenta pesos mensuales al subteniente José María Mota, por haber combatido a la Intervención Francesa; la Escuela Nacional Primaria para niñas número 108 hizo una ceremonia para recibir el nombre de “Jesús García, Héroe de Nacozari”. En el Teatro Arbeu, Venustiano Carranza recibe una banda tricolor por parte de unas damas, “como prueba de la confianza que en ese momento le tiene depositada la nación”, mientras en la estación de Xoco, kilómetro treinta

y cinco de la vía a Cuernavaca, los zapatistas dinamitan un tren que se dirigía al Ajusco. Entre los cuatrocientos pasajeros que murieron se hallaba el periodista Manuel Garrido Alfaro. Entonces, como ahora, era el peor de los tiempos y el mejor de los tiempos. Había lugar para el canalla. Y también para el héroe.

Si comienzan estas palabras dedicadas a Clementina Díaz y de Ovando con una reconstrucción del venturoso día de su nacimiento, es porque el tiempo ha sido el gran protagonista de su aventura intelectual. El tiempo, ese señor exigente y perentorio al que ella ha sabido meter en cintura, transformarlo en maestro que pueda enseñarnos a su vez la lección vital de uno de sus personajes predilectos: “Ni rencores por el pasado ni temores por el porvenir”. Hija única de María de la Luz Ovando y de Miguel Díaz González, tenedor de libros, la niña Clementina, nacida por accidente en Laredo, Texas, fue traída de brazos a este país que ha sido su pasión y su razón de ser. Creció en la todavía hermosa Colonia San Rafael y sus primeras caminatas tuvieron lugar en calles que llevaban nombres de constructores espirituales de México. Recordaría después:

Quién me diría que con las mudanzas del tiempo iba a tener trato cotidiano con los personajes de esas calles. Y quién me diría, también, que su quehacer como forjadores de la literatura, la historia y la ciencia nacionales, me atraparía de por vida para, en la medida de mis posibilidades, acercarme a ellos con gran entusiasmo y devoción.

En esas iniciales exploraciones era acompañada por su nana Romulita, a quien ella llamaba *Remulita*. Inútilmente contenía la curiosidad de la niña, que insistía en asomarse a las ventanas de todas las casas, hasta el día en que en una de ellas se topó con un señor que estaba tan vestido como nuestro primer padre. La curiosidad, ese don que Clementina supo convertir en pasión y que ha sido eje y motor de todos sus afanes.

Al igual que otros grandes maestros de nuestra Universidad Nacional —Rubén Bonifaz Nuño, Ruy Pérez Tamayo—, Clementina hizo sus estudios en escuelas oficiales, aparte de su fugaz estancia en un colegio de monjas del que huyó por un instinto que la inclinaba ya hacia sus amados liberales. Si sus primeras investigaciones se orientaron al desarrollo del romance —esa forma poética sabia y naturalmente adoptada por el pueblo—, llegó más tarde y de manera inevitable a sus temas y a sus héroes. Su extenso trabajo sobre Juan Díaz Covarrubias se convirtió en el volumen inicial de la prestigiada Nueva Biblioteca Mexicana y dio a conocer a una de las voces más intensas de nuestro romanticismo. Igualmente, su documentado prólogo a *El cerro de las campanas* de Juan A. Mateos es un ejemplo temprano de lo que después se llamaría teoría de la recep-

ción. Antes de que la llamada historia de las mentalidades se pusiera de moda en el universo académico, Clementina puso en funcionamiento su capacidad para encontrar en las notas efímeras del periódico las grandes lecciones de la historia. De ese modo, paciente y tenaz, desde las frágiles páginas de las publicaciones periódicas ha ido armando sus sólidas investigaciones sobre edificios e instituciones nacionales, significados y significantes de nuestra historia intelectual: el Colegio de San Pedro y San Pablo, la Escuela Nacional Preparatoria, el Real Seminario de Minas, la Ciudad Universitaria, la odontología y sus medios de difusión: nada ha escapado al ojo atento, educado y hedonista de Clementina. Desde la arqueología hasta la cocina, ha sabido descubrir lo eterno en lo efímero. Por eso tiene el nombramiento doblemente honorífico de cronista de la Universidad. Desde muy temprano, tuvo una especial capacidad para desarrollar el arte de la monografía. Evoco la dedicada al litógrafo Luis García, o su amorosa reconstrucción del año 1888 en que vino al mundo Ramón López Velarde. Miguel León-Poñilla ha insistido en que con base en sus numerosos y dispersos trabajos sobre el romance mexicano, nuestra autora arme otro de sus libros maestros.

Clementina es la investigadora predilecta de la Hemeroteca Nacional, pues nadie como ella ha hecho tanto con tan poco. En los últimos años, se ha desarrollado el proyecto digital que permite búsquedas cruzadas y que está modificando de manera radical el ritmo de la investigación hemerográfica. Clementina se ha mantenido fiel a otra herramienta: el lápiz, ese mismo lápiz heroico con el cual José Luis Martínez y María del Carmen Millán copiaban datos y citas a mano, cuando la técnica no permitía otra cosa. Clementina sigue escribiendo acompañada por el silencio y la discreción del lápiz, ese camara-



da que nos deja para siempre niños. Sólo se interrumpe para sacarle punta y no lo abandona sino cuando es tan pequeño que no cabe más en la mano.

Clementina llegó a la Academia Mexicana de la Lengua en 1985 del brazo de un gallardo general. Su nombre era Vicente Riva Palacio. Como ayudante de campo venía el no menos claro varón Miguel León-Portilla, quien tenía el encargo de responder la lección inaugural de la nueva académica. *Vicente Riva Palacio y la identidad nacionales* el título de su discurso. En él subrayó que el motivo de su elección se basaba en que había sido “defensor contumaz de la integridad de la patria, de un México vigoroso, libre, indiviso, de una expresión literaria y una cultura propias hermanadas en lo universal, de una plena identidad nacional fincada en la libertad”. A lo largo de los años, ha sido fiel a ese personaje polígrafo y multifacético; ha sido su soldadera espiritual y ha sabido transmitir su lección de vida. Por eso concluyo esta breve sucesión de imágenes sobre Clementina Díaz y de Ovando con aquella mañana doblemente luminosa de 1996. Por iniciativa suya, las Secretarías de Gobernación y de la Defensa Nacional abanderarían a la escuela secundaria oficial “Vicente Riva Palacio”. Se cumplía el centenario de entrada en la inmortalidad de uno de los escasos generales cuyo nombre puede y debe escribirse con mayúscula. Debido a su doble condición de ilustre civil y heroico militar, armas y letras de la República se unieron en la que los necios y los románticos seguiremos llamando Rotonda de los Hombres Ilustres, y donde arde el polvo enamorado de Riva Palacio. La oradora única de la ceremonia era, y no podía ser de otra manera, Clementina Díaz y de Ovando. Estoicos, hambrientos y sudados como el ejército liberal, muchachas y muchachos de la escuela soportaban el rayo del sol. La escuela ya tenía bandera. Para recibir una nueva, era preciso llevar a cabo una de las ceremonias más

intensas de la vida republicana: cremar la bandera con los honores correspondientes a ese resumen de historia patria. Acaso varios de esos jóvenes no sabían quién había sido el personaje que daba nombre a su escuela, pero se mantuvieron silenciosos durante la ceremonia y nos acompañaron a la segunda parte, consistente en una conferencia en el Archivo General de la Nación, entonces dirigido por Patricia Galeana, otra ferviente estudiosa del liberalismo. El escenario estaba presidido por el cuadro *El perdón de los belgas* de Francisco de Paula Mendoza, el cual registra el momento histórico en que se puso a prueba la magnanimidad de Riva Palacio al no fusilar a varios de los enemigos de México, los primeros soldados del mundo. El día fue largo e intenso, pero nos animaban a todas las encendidas y sinceras palabras de Clementina, quien hizo descender al discurso político de su retórica tradicional para decir a los jóvenes que Riva Palacio era digno de ser recordado por su contribución decisiva a la existencia presente y cotidiana de sus herederos en cada una de las acciones que, por cotidianas, hemos dejado de observar como inevitables.

En sus armas y sus letras, en sus letras que son sus armas, Clementina Díaz y de Ovando es una de las grandes eruditas de nuestra cultura pero, lo que es aún más admirable, una de las más auténticas defensoras de la República, de los derechos humanos y de la verdad y la caridad, ésa que se ejerce no para ganar un pedazo de cielo sino para hacer mejores *los afanes y los días*. Si Clementina huyó de las monjas, no lo hizo de esa virtud teológica que ella practica cotidianamente con la misma prodigalidad con que abre su casa a sus amigos y tiene para el discípulo o el colega el recorte preciso, el libro anhelado, el antojo mexicano que en su cocina se transforma en materia celeste. Por eso hoy recordamos y agradecemos ese día de 1916 en que vino al mundo para convertirse en uno de nuestros tesoros más preciados. [J]

